

La búsqueda de Julio Cotler (1932–2019)

por **José Luis Rénique**, Professor of History, Lehman College, the Graduate Center, CUNY

El último 5 de abril Julio Cotler dejó de existir. De su primer trabajo —una monografía sobre una comunidad de la sierra central del Perú— a sus últimas entrevistas —en que realizaba un “análisis quirúrgico” de los candidatos a las elecciones presidenciales de 2016— destacó por su capacidad para poner su formación académica al servicio de la crítica del presente. Así, mientras sus ensayos se convertían en lectura obligatoria para comprender el complejo proceso de la construcción nacional habría de convertirse en uno de los intelectuales más influyentes de su país. De su singular biografía procedía su vocación por el rigor académico como aquello que algún periodista denominaría como su “legendario pesimismo”; su afán, vale decir, por discutir a viva voz aquello que la mayoría prefería eludir. Elementos ambos de una búsqueda propia a la que Julio se abocaría con abrasadora pasión.

En 1978, en la introducción de lo que vendría a ser su más importante trabajo (*Clases, estado y nación en el Perú*, Lima: Instituto de Estudios Peruanos, 1978), Julio Cotler afirmó que “encontrar un camino para dejar de ser forastero en este país” era el objetivo fundamental de su libro. Dejaba ahí una pista para explorar un tema clave de su trayectoria: su relación con el Perú. En torno a ella se desarrolló como intelectual desde que, a fines de los años 40, optara por la Etnología como el vehículo para conocer el país al que —como peruano de primera generación— ansiaba integrarse plenamente. Hijo de una familia judía procedente de Besarabia, más conectado con el drama europeo de aquellos tiempos que con las vicisitudes de la política local, había crecido. A los 17 años, tras una drástica ruptura con su comunidad, emprende su travesía personal. No va mal equipado. Lleva, en embrión, los elementos —sentido antiautoritario, actitud crítica, aspiración cosmopolita— de que derivará esa capacidad suya para mirar al Perú desde dentro y desde fuera simultáneamente. Una travesía que, a mediados de los 70, continuaba incompleta.

De sus primeras experiencias antropológicas procederían las preguntas —relativas al impacto de la modernización en curso en las áreas andinas del Perú (*Los cambios en la propiedad, la comunidad y la familia en San Lorenzo de Quinti*, Lima: Instituto de Etnología y Arqueología, 1959)— que incitan la primera etapa de su búsqueda. Trascienden estas el enfoque comunitario propiciado por la romántica visión indigenista de algunos de sus maestros. Amplía fronteras entre 1957 y 1966. En la Universidad de Burdeos, Francia, absorbe fundamentos teóricos y se vincula a la “nueva izquierda” que emerge al margen del stalinismo. En Venezuela —donde en el marco del “Punto Fijo” participa en un proyecto que explora la factibilidad sociopolítica del proyecto reformista de la Acción Democrática—, en contacto con los *nation-builders* realmente existentes, articula Cotler sus primeras críticas al carácter tecnocrático de la planificación desarrollista. Una estadía en el Massachusetts Institute of Technology, finalmente, le permite acceder a un gran ámbito teórico sobre la vida rural de diversas partes del mundo (Eric R. Wolf, George M. Foster, James C. Scott, Eric Hobsbawm, Rodolfo Stavenhagen, Gonzalo Aguirre Beltrán entre otros) que utilizará para elaborar una interpretación propia de la problemática rural andina.

En “La mecánica de la dominación interna y del cambio social” (en *Perú problema*, Lima: Moncloa Editores/IEP, 1968) —a partir de un análisis que Guillermo Rochabrún caracterizaría como un “estructuralismo que se apoya en alguna forma de ‘rational choice’”— vierte Cotler su renovada perspectiva. Situándose en las partes más tradicionales del país toma el pulso del desmoronamiento de los pilares del antiguo régimen y evalúa las respuestas sociales y políticas que se generan.

No son tiempos “normales” en el Perú. El llamado Gobierno Revolucionario de la Fuerza Armada encabezado por el General Juan Velasco Alvarado se proponía barrer la dominación tradicional. Que se multiplican las organizaciones “interesadas en la población campesina” observa Cotler a poco de iniciado el proceso (“Actuales pautas de cambio en la sociedad rural del Perú” en José Matos Mar, editor, *Dominación y cambios en el Perú rural*, Lima: IEP, 1969). Y en ese “mar de inesperados competidores” —explica— se produce “un proceso de liberalización del control de la masa campesina cuyas alternativas de existencia se amplían dramáticamente, favoreciendo así su movilidad individual”. ¿Se moverá la sierra, paulatinamente, hacia el modelo de cambio gradual prefigurado por los valles costeros o era una suerte de “desquiciamiento” social lo que venía?

Desde su exilio mexicano —en el marco del “terremoto” personal que su deportación le había suscitado— vería Cotler el final del velasquismo. En esas circunstancias, fijó su atención en comprender “el origen de los problemas estructurales que arrastraba el Perú” y la relación de estos con “la naturaleza de las relaciones personales que imperaban en el país”. Enfocando, para ello, en dos temas principales: la persistencia de “criterios étnicos y racistas para calificar a las personas (sustento del comportamiento soberbio y prepotente de los poderosos y “la mezcla de ira y humildad de los subordinados”) y la “propensión autoritaria” de los dominantes y las relaciones clientelísticas que establecen con quienes los rodean. Un audaz ejercicio de “sociología histórica” que implicaba revisar medio milenio de historia en busca de los caminos de la reproducción de la “herencia colonial”. Una mirada de “forastero” que interpelaba, necesariamente, al nacionalismo republicano tradicional abriendo nuevas perspectivas para pensar el Perú: la idea de un país que se modernizaba sin poder saldar cuentas con su pasado colonial, quedando confinado así a un permanente estado coloidal.

En 1979, preguntado por un periodista local si se estaba llegando al “punto límite” de cuatro décadas de “permanente” crisis política Cotler respondería que, en presencia de una “movilización popular” que llegaba a “los últimos rincones del país”, era

perentorio llegar a una “definición”: o se resolvía la crisis o una dictadura “como nunca antes hemos conocido” sería lo que tengamos que “padecer”. Creía Cotler, por ese entonces, en las posibilidades de la izquierda para “rescatar la democracia” y elaborar una “alternativa orgánica”; a condición, por cierto, de que entendiera que el Perú no era *Francia o Inglaterra*. Si acaso no admiraba la “eficacia” de un Stalin le inquieta el periodista finalmente. Que le parecía “profundamente cínico” pensar que la política fuese “el arte de lo posible”, respondería Cotler, que creía, más bien, que la política consistía “en hacer posible lo necesario”. De la interacción entre Ciencias Sociales e indignación moral —en el marco de una creciente valoración de la democracia liberal versus la deriva autoritaria de los socialismos realmente existencias— articularía Cotler una perspectiva propia que iría diseminando en decenas de entrevistas durante las décadas siguientes.

En la incertidumbre de los 80, cada vez más demandada sería su opinión; hasta hacerse, imprescindible, durante los aciagos años 90 en que —como diría Martín Tanaka— Julio se convertiría “en una suerte de conciencia moral”. En ese proceso — como ha observado Alberto Vergara— Cotler “elevó la entrevista de coyuntura política a la categoría de género literario”. Más importante aún, como verdadero “insider” comenzó a hablar el “forastero”. Por el significado de *Clases, estado y nación* en esa transición le pregunté en octubre de 2018. “Me hizo ser consciente de cuáles eran los problemas del país y cuáles eran mis problemas frente a esos problemas...” fue su palmaria respuesta.

A mediados de los años 70, en el punto medio de su larga vida, abrumado por el exilio, Cotler hizo un pacto consigo mismo: sería peruano por voluntad, un ciudadano pleno en un país en que prevalecía aquello que Manuel González Prada describió como “el pacto infame de hablar a media voz”. Durante los 90, asimismo, se propuso sumar a liberales e izquierdistas en la lucha por forjar democracia en el Perú. Reconociendo la futilidad de su intento emprendió —como González Prada un siglo atrás— un “apostolado solitario”. No le gustaban las entrevistas, pero mayor era su afán por interpelar y esclarecer. A unos les asustaba su “pesimismo”; otros lo veían como un verdadero

“oráculo”. A veces —confesaba— es la rabia que me suscita la irresponsabilidad, el cinismo, la incultura, lo que me motiva a hablar. En los últimas dos décadas, en que una inusitada prosperidad puso al límite a un sistema político crecientemente incapaz de representar a una sociedad bastante informal en el reino de la informalidad, sus entrevistas cobraron un notable tono pedagógico. Corregía a sus entrevistadores o les alcanzaba definiciones básicas. Y le molestaba, sobremanera, el localismo nacional.

Con el mismo tesón luchó contra la enfermedad. Nunca perdió la lucidez. Hasta que tuvo que irse, dejándonos el ejemplo de su honestidad intelectual y su enorme voluntad crítica. Por todo ello, gratitud eterna maestro querido. //